

De la vistosidad polícroma al insulso caqui: la transformación del soldado entre 1848 y 1945

FERNANDO PUELL DE LA VILLA
Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado (UNED)

Para preparar este trabajo se han seleccionado y leído casi un centenar de obras testimoniales. Seguramente, se habrán pasado por alto títulos mucho más relevantes de los elegidos, pero, en descarga del autor, hay que aducir la sorpresa ante la cantidad de libros catalogados como “memorias” o “relatos personales”. A título anecdótico, la Biblioteca Central Militar custodia 108 de este carácter sobre la Guerra Ruso-Japonesa de 1904-1905, una contienda menor, hoy olvidada y casi desconocida. Y referentes a guerras más, digamos, en boga, el número resulta abrumador: por ejemplo, el catálogo de la Biblioteca Nacional incluye nada menos que 981 sobre la Guerra Civil española, y el de la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, más de 2.000 sobre la Guerra de Secesión.

No obstante, el popular dicho de que “no es lo mismo oír que escuchar” viene especialmente al caso a la hora de interpretar estos relatos. Tratándose de banalidades, no importaría demasiado malinterpretar un mensaje, pero en asuntos de cierta relevancia resulta indispensable comprender lo que se pretendía transmitir. Cuando un combatiente de pretéritas campañas describía un hecho o narraba sus vivencias, ¿cómo es posible estar seguro de interpretar correctamente sus palabras? Inevitablemente se tenderá a filtrarlas a través del prisma de la realidad actual y a deformarlas inconscientemente. Y cuanto más remoto sea el testimonio, más lo malinterpretará nuestra mente. Sentada esta premisa, se expondrán brevemente las conclusiones a las que se ha llegado.

Durante el periodo enmarcado entre la oleada revolucionaria que sacudió Europa en 1848 y el final de la inmensa tragedia universal de la Segunda Guerra Mundial, el llamado arte de la guerra sufrió un profundo y aceleradísimo proceso de transformación. Dicho proceso respondió básicamente al impacto de la revolución industrial y a la natural incidencia de los cambios políticos y sociales. Resultaría demasiado prolijo, y además fuera de contexto, detallar hasta qué punto se vio modificada la doctrina, organización, reclutamiento y adiestramiento de ejércitos y armadas, sus procedimientos tácticos y sus planes estratégicos, por no hablar de las relaciones internacionales, la capacidad financiera de los estados e incluso la propia estructura social.

Las resonantes victorias militares de unos ejércitos cada vez más tecnificados y masificados, e incluso sus derrotas convenientemente maquilladas, se utilizaron para crear entidades nacionales de nuevo o viejo cuño, apalancadas por hechos de armas mitificados mediante poemas, narraciones, canciones, pinturas y esculturas, consideradas verídicas por la generalidad de quienes las interiorizaron como parte esencial de un patrimonio ancestral. Simultáneamente, la competitividad armamentística ayudó a configurar bloques enfrentados, cuyo liderazgo correspondió a los estados capaces de establecer potentes complejos industriales de carácter militar. Además, el propio proceso de industrialización fomentó la conflictividad social y determinados sectores políticos llegaron a contemplar la guerra como una eficaz forma de neutralizarla o remediarla.

Por último y directamente relacionado con quienes combatían, la creciente potencia de fuego hizo que la guerra adquiriese un carácter distinto y más funcional. Las formaciones cerradas desaparecieron ante la necesidad de dispersar y soterrar a las tropas, con el corolario de uniformarlas más sencilla y menos llamativamente. El posterior desarrollo de los explosivos nitrocelulósicos aumentó aún más el alcance, efectividad y precisión de fusiles y cañones. Además, la llamada pólvora sin humo permitió reducir espectacularmente los calibres (en el caso de las balas se pasó de 18 milímetros a siete). A consecuencia de ello el peso del arma y de los proyectiles disminuyó, lo que hizo viable aumentar la dotación individual y colectiva de munición.

Simplificando mucho, podría decirse que la adopción del uniforme caqui por el ejército británico durante la Guerra de los Bóers cambió definitivamente el “rostro de la batalla”, por utilizar el término acuñado por John Keegan hace veinte años. No es que el insulso caqui, como reza el título del artículo, fuese el factor determinante de aquel cambio, sino el síntoma más evidente de que la forma de hacer y entender el combate emprendía una nueva senda sin retorno. Desde la más remota antigüedad y hasta los albores del siglo xx, el soldado entraba en combate coronado de plumas y vestido de colores brillantes, avanzaba, resistía y disparaba a pie firme y encuadrado en una formación compacta, tenía junto él a sus jefes y podía escuchar sus voces de mando, de aliento o de censura. A partir de esas fechas, tendría que habituarse a confundirse con el terreno gracias a su uniforme enmascarado, a disparar tumbado sobre el suelo y sin apenas levantar la cara, a reptar para poder avanzar, a cavar para poder protegerse, a actuar por propia iniciativa sin apoyo ni asesoramiento de sus mandos directos.

DE MARTILLO DEL PROLETARIADO A ENCARNACIÓN DE LAS ESENCIAS PATRIAS

El 25 de febrero de 1848, Alexis de Tocqueville se percató del aspecto “avergonzado y temeroso” de las tropas con las que se cruzó de camino hacia la Asamblea Nacional, concentradas en París por Luis Felipe de Orleans para mantener el orden público y que el recién formado Gobierno republicano había ordenado

retirar para congraciarse con los revolucionarios¹. Cuatro meses después, los soldados regresaron, todavía algo “apagados y entumecidos”, pero terminaron obedeciendo a sus jefes: asaltaron las barricadas y sofocaron brutalmente la recalcitrante revuelta². Pese a ello, desde Madrid, donde Narváez había impedido que se llegase a una situación similar, un anónimo comentarista interpretaría así lo ocurrido:

El último gobierno no ha sabido procurar [al soldado] lo único que puede compensar la falta de todo lo demás. Consideración y respeto por parte de sus conciudadanos. Los soldados son unos parias desde que visten el uniforme, que sólo contribuye a señalarlos al pueblo como unas cargas onerosas y como unos agentes asalariados. El ejército en Francia no se ha batido, no se bate y no se batirá por ninguna clase política ni causa interior, porque los militares no tienen ningún género de consideración política en Francia³.

Diez años antes del estallido revolucionario, un armero de Sajonia había logrado fabricar un rudimentario fusil de retrocarga, con una gruesa aguja de acero capaz de percutir sobre una cápsula de fulminato de mercurio que hacía deflagrar la carga de pólvora alojada en un cartucho de papel encerado. En 1841, el fusil *Dreyse* se declaró reglamentario en Prusia y su ejército lo utilizó por primera vez el 18 de marzo de 1848 contra el proletariado berlinés. Al día siguiente, para calmar a las masas, cada vez más defraudadas e irritadas, Federico Guillermo IV se vio forzado a enfrentarse con sus generales, les conminó a retirar las tropas de Berlín y, lo que es mucho más significativo, les prohibió rendir honores fúnebres a los soldados muertos: “On a enfoui les soldats tombés dans leur devoir, comme malfaiteurs, sans cloche ni cantique”⁴.

Lo expuesto permite llegar a la conclusión de que este periodo se abrió con unos ejércitos orientados a la represión de disturbios, con soldados escasamente motivados y menospreciados por las clases instaladas en el poder, que no confiaban demasiado en ellos, y, sobre todo, odiados por el incipiente proletariado industrial. Semejante panorama, junto al convencimiento de que la fuerza armada representaba la única garantía de supervivencia de la vigente estructura estatal, fue el caldo de cultivo propicio para que se forjase la idea de que los ejércitos, y más concretamente el cuerpo de oficiales, eran la esencia permanente de la nación⁵.

¹ Alexis de TOCQUEVILLE, *Recuerdos de la revolución de 1848*, Madrid: Trotta, 1994, p. 58.

² *Ibidem*, pp. 173 y 174.

³ *París y Madrid en 1848*, Madrid: Imp.^a a cargo de J. Pérez, 1848, pp. 15 y 16.

⁴ *Gazette de la Croix* (25 de marzo de 1848), *ápu*d Paul MATTER, *La Prusse et la Révolution de 1848*, París: Félix Alcan, 1903, p. 153.

⁵ Geoffrey BEST, *Guerra y Sociedad en la Europa revolucionaria, 1770-1870*, Madrid: Ministerio de Defensa, 1990, pp. 254-260.

Al objeto de hacer realidad dicha idea, los gobiernos de casi todos los países europeos se esforzaron por crear mitos castrenses que encandilasen a las masas y contribuyesen a su nacionalización. Los primeros resultados empezaron a advertirse con ocasión de la Guerra de Crimea, una guerra todavía librada según los cánones napoleónicos, pero con fusiles de aguja, cañones de ánima rayada y barcos forrados de hierro, y en la que el telégrafo permitía que los periódicos parisinos y londinenses informasen diariamente a sus numerosísimos lectores de lo acontecido en el campo de batalla, algo que llamó poderosamente la atención de los soldados británicos –“Opinion had begun to exercise so large an influence on the war”⁶– y franceses: “Nous recevons des journaux de France, et nous remarquons leur facilité à accepter les nouvelles de la télégraphie privée”⁷.

Gracias precisamente al telégrafo aquella costosa e inútil guerra, iniciada porque Londres creyó amenazado su comercio con la India, se mitificó y convirtió en uno de los puntales del nacionalismo británico. El mito, que perdura todavía hoy, lo forjó la bellísima balada de Alfred Tennyson sobre la carga de la Brigada Ligera de Caballería, inspirada en la crónica telegrafiada por William Russell a *The Times* nada más contemplar la debacle:

*Half a league half a league
Half a league onward,
All in the valley of Death
Rode the six hundred*⁸.

A su regreso, los supervivientes se percataron del prestigio y dinero que podían obtener de sus recuerdos y muchos decidieron publicarlos. Además de refrendar la inconsistencia de mitos bélicos tan arraigados como éste⁹, la abundancia de testimonios sobre un mismo hecho de armas permite, tal vez por primera vez en la historia de la guerra, esbozar con ciertas garantías el imaginario colectivo del combatiente.

Los tumultuarios y enfebrecidos embarques de tropas fueron precedidos por una agresiva campaña propagandística –se dijo que era preciso acudir en defensa del frágil Imperio turco, cuyo territorio había sido invadido y su flota destruida por el zar Nicolás I, presentado como “demonio con aspecto humano”– y, por primera vez, los soldados se sintieron arropados por el pueblo, encandilado por sus brillantes y policromos uniformes recamados de oro y plata, aunque la prensa los tildase de “pavos reales” y considerase poco adecuados sus ceñidos

⁶ E. Bruce HAMLEY, *The story of the campaign of Sebastopol. Written in the Camp*, Edimburgh: William Blackwood and Sons, 1855, p. 159.

⁷ G. JOUBERT, *Souvenirs de la Guerre d'Orient. Journal d'un soldat*, Vincennes: s. n., 1857, p. 31.

⁸ <http://www.nationalcenter.org/ChargeoftheLightBrigade.html> (visto el 3 de mayo de 2010).

⁹ José ÁLVAREZ JUNCO, *Mater Dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid: Taurus, 2001, p. 196.

pantalones con franja escarlata¹⁰. Al entrar en combate las cosas comenzaron enseguida a torcerse: recién llegados, se les veía “beaux, propres, bien tenus”, pero a las pocas semanas apenas les quedaba “un reste d’énergie”¹¹. En realidad, tampoco era mejor la situación de los rusos sitiados en Sebastopol, cuya moral minaba el incesante bombardeo¹². Sin embargo, los protagonistas de la famosa carga experimentaron sensaciones muy similares a las descritas por los médicos y psicólogos que estudiarían el comportamiento de los combatientes de las dos guerras mundiales.

Cinco años después, en 1859, Napoleón III se involucró en la lucha de los italianos por su independencia. No son muchos los testimonios disponibles sobre aquella guerra, en la que, por primera vez, jugó el ferrocarril un importante papel estratégico y logístico. Se quiso motivar a los soldados con las hazañas de Bonaparte en Italia, pero los padecimientos de Crimea estaban muy presentes y marcharon a la guerra, tras recorrer media Francia para incorporarse a su regimiento, “résigné, mais peu enthousiasmés”¹³. La resistencia a la movilización fue mucho mayor en Austria, donde menudearon actos de indisciplina hasta en el mismo campo de batalla, siendo preciso recurrir “aux mesures les plus rigoureuses”¹⁴. Sólo los romanos y los piemonteses combatieron con ardor para expulsar a los austriacos de Milán y de Venecia¹⁵.

Mientras se luchaba en Italia, el general O’Donnell, que por entonces presidía el gobierno español, emprendió la pomposamente llamada Guerra de África, la más resonante de las cinco expediciones militares de prestigio de la Unión Liberal. Al igual que ocurriera unos meses antes en Francia, la campaña se planificó muy defectuosamente, pero el respaldo oficial y popular fue absoluto durante todo su desarrollo¹⁶. Lamentablemente, sólo a través de testimonios indirectos, recogidos en las numerosas memorias escritas por militares y periodistas, podemos conocer la vida y comportamiento de los conquistadores de Tetuán. En la misma línea de la literatura generada por la Guerra Carlista de 1833-1840, presentan a un soldado alegre, sufrido, paciente, incansable, algo tosco y muy leal al mando, que “no sólo no teme a la muerte, como dicen los franceses de los suyos, sino que hace más, la desprecia”¹⁷.

¹⁰ *Morning Advertiser* (28 de marzo de 1854), *ápu*d Terry Brighton, *El Valle de la Muerte. Balaclava y la carga de la Brigada Ligera*, Barcelona: Edhasa, , 2008, p. 34.

¹¹ Louis Charles CASTELLANE, *Madgy: souvenirs de l’armée anglaise en Crimée*, Paris: Calmann Levy, 1878, p. 20.

¹² Paul OLLENDORF, *Souvenirs de Sébastopol, recueillis et rédigés par S. M. I. Alexandre III, Empereur de Russie*, Paris, 1894, p. 53.

¹³ Ch. POPLIMONT, *Lettres sur la Campagne d’Italie en 1859*, Paris: Ch. Tanera, 1860, p. 23.

¹⁴ Duc d’ ALMANZAN, *La Guerre d’Italie: campagne de 1859*, Paris: E. Plon et Cie., 1882, p. 126.

¹⁵ Giuseppe ANSIGLIONI, *Memoria della Battaglia del Voltorno del 1.º e 2 Ottobre 1860*, Torino: Tip.^a Subalpina di Zoppis e Marino, 1861, p. 41.

¹⁶ Mariano ESTEBAN DE VEGA, “La actitud popular ante las guerras coloniales españolas: de la movilización patriótica al antimilitarismo”, en *Estado y Nación en la España contemporánea*, Madrid: Ministerio de Educación y Cultura, 2000, pp. 68 y 69.

¹⁷ José GUTIÉRREZ MATURANA, *Bajo la tienda: 1859 y 1860*, Valladolid: Imp.^a, Hel.^a y Lib.^a de Gaviria, 1890, p. 24.

Se le muestra alojado en minúsculas tiendas de campaña, compuestas por cuatro piezas triangulares de lona, lo cual constituyó una novedad, pues en anteriores campañas dormía al raso o en las casas de los pueblos, y alimentado mejor que en los cuarteles, incluido café para desayunar, algo desconocido hasta entonces. Las jornadas de tregua transcurrían como si no hubiese dejado su aldea: cortar leña, traer agua, guisar, cavar y, al llegar la noche, sentarse en corros al amor de la lumbre para narrar historias “ora alegres, ora pavorosas”, que únicamente se perdían los encargados de proteger el campamento, cuyas preocupaciones eran muy otras:

Pasar una larga noche, que parece eterna, en lo alto de un monte, inundados por la lluvia, metidos en el fango hasta las rodillas, sufriendo un frío glacial, y en la tensión moral que produce la expectación del peligro; escudriñando con penetrante vista las tinieblas para vislumbrar entre ellas al enemigo, que se sabe nos está acechando desde el vecino bosque; sentir cuán lentas transcurren las horas en medio de la oscuridad, el frío y el silencio sólo interrumpido por el disparo que alguno de los escuchas hace al ver atravesar por entre los jarales un blanco fantasma¹⁸.

Apenas apagados los ecos de ambas campañas, la guerra se trasladó al otro lado del Atlántico. La guerra entre el Norte y el Sur estadounidenses fue de una ferocidad desconocida. Como acertadamente dictaminó un precoz analista, no se pareció en nada a las libradas hasta entonces en Europa: fue una lucha a muerte, de carácter nacional, con toda la población implicada –“Lo hemos arriesgado todo y lo que está en juego es la vida o la muerte”¹⁹– y con cada soldado “comprehending its cause and its aim”²⁰. Las tropas del Sur, más motivadas, mejor mandadas y respaldadas unánimemente por su retaguardia, se impusieron durante dos años a las arrogantes e indisciplinadas milicias del Norte, pero terminaron siendo aplastadas por su mejor concepción estratégica y por su potencial económico e industrial²¹.

Se conservan muchísimas obras testimoniales, siempre decantadas a favor o en contra del bando del autor. Lo que narran es estremecedor, unas veces por su crueldad, otras por su piedad, siempre por su pasión. Realmente, sólo las de la Guerra Civil española pueden compararse a ellas. Hablan de hombres sencillos, hijos de granjeros o de campesinos, de recia contextura y de rostro agradable,

¹⁸ Nicasio LANDA, *La campaña de Marruecos. Memorias de un médico militar*, Madrid: Imp.^a de Manuel Álvarez, 1860, p. 34.

¹⁹ Mary CHESNUT, *Páginas de un Diario de la Guerra Civil. Selección, traducción, notas y estudio de Carme Manuel*, Valencia: Universitat de València, 2008, p. 17.

²⁰ William SWINTON, *The twelve decisive battles of the war: a history of the Eastern and Western campaigns in relation to the actions that decided their issue*, New York: Dick & Fitzgerald, 1867, p. 16.

²¹ C. C. CHESNEY, *A military view of recent campaigns in Virginia and Maryland*, London: Smith, Elder and Co., 1863, p. 17.

pero embrutecidos por la dureza del combate y capaces de ejecutar fríamente a los prisioneros y de rematar a los heridos, o de las acciones más altruistas y solidarias:

Multiplicad esto por cien, verificadlo en todas las circunstancias posibles, en lugares y entre individuos diferentes, iluminada con las más espeluznantes pasiones (el voraz apetito del lobo, la sed de sangre del león, los hirvientes volcanes de la venganza humana) contra los hermanos, los camaradas asesinados; con los resplandores de campos en llamas y oscuros montones de escombros humeantes –y en el corazón humano una oscuridad aún mayor– y tendréis un indicio de lo que es esta guerra²².

Los analistas europeos prestaron muy poca atención a aquella lejana guerra, pese a ponerse claramente de manifiesto en ella todos los cambios tácticos, estratégicos y logísticos derivados de las nuevas tecnologías. Si la hubiesen estudiado con el mismo interés prestado a las victorias prusianas de 1866 y 1870, habrían aprendido que las guerras del futuro serían largas, que exigirían movilizar económica y psicológicamente a las naciones, y que en sí mismas llevaban un germen de destrucción tan nocivo que llegaría a menoscabar la hegemonía europea, cuando no a aniquilarla totalmente. Podrían haber advertido también, tal como hizo un gran tratadista militar español, la creciente influencia del “modo de ser” del soldado –“modificado sin cesar por el modo de ser de los pueblos”– sobre el desenlace de los combates²³.

La realidad fue muy otra. Fascinados por la facilidad con que Prusia había derrotado a Austria y después a Francia, se consideraron ambas guerras como el paradigma de cualquier otra por venir y se reformaron los ejércitos a imagen y semejanza del vencedor. No se tuvo en cuenta, por ejemplo, la animosidad de la población húngara, italiana y prusiana hacia las masivas movilizaciones de 1866, que paralizaron el tejido productivo de estas naciones y que obligaron a socorrer a cientos de miles de familias. Ni tampoco que los primeros reveses del ejército austriaco acrecentaron la inquina de los movilizadores del bando perdedor y que se atemperaba el malestar de los del vencedor. Es decir, se obvió la influencia del desenlace de los combates sobre la moral de combate, aun siendo conscientes de la dificultad de evaluar la incidencia de la victoria o la derrota en la tropa²⁴. Al decir de los contemporáneos, el superior adiestramiento y disciplina del soldado austriaco –“modelo de los que tienen por axioma incontrovertible que el mejor

²² Walt WHITMAN, *Días ejemplares de América*, Buenos Aires: Argonauta, 1946, p. 77.

²³ Francisco VILLAMARTÍN, *Nociones del Arte Militar*, Madrid: Imp.^a de P. Montero, 1862, p. 23.

²⁴ J. VIAL, *Historia compendiada de las Campañas Modernas por [...], Teniente Coronel de Estado Mayor francés. Guerras de Bohemia e Italia en 1866*, Madrid: Imp.^a de la Revista Contemporánea, 1876, pp. 23 y 24.

soldado es el que sale del arado”²⁵– quedó neutralizado por el excelente sistema escolar prusiano, que permitió poner en manos de la tropa el moderno armamento, llegándose a la conclusión de que “el fusil de aguja y el maestro de escuela eran los exclusivos vencedores del ejército austriaco”²⁶.

Cuatro años después, el 19 de julio de 1870, Napoleón III declaró la guerra a Prusia y envió un ejército hacia la frontera. Al principio, los soldados marchaban plenos de confianza en su superioridad; algunos incluso convencidos de llegar a Berlín, aunque la mayoría admitía desconocer su destino²⁷. A mediados de agosto, ante los primeros fracasos en los alrededores de Metz, que la tropa atribuyó a la impericia del mando, se hundió estrepitosamente su moral; un oficial oyó decir a los soldados “Nous sommes vendus!” y apostillaba, “quand le soldat se permet de dire cela, il a perdu la moitié de sa force”. Atónitos ante la celeridad del avance prusiano y ante la efectividad de sus armas, muchos abandonaron sus unidades y se adentraron en Francia²⁸.

Napoleón III reunió otro ejército y lo condujo hacia Sedán, cerca de la frontera con Bélgica, donde el 1 de septiembre fue sorprendido por las tropas de Moltke. Los franceses, formados en cuadros, cual si se tratase de una parada militar, contemplaron impávidos –“calme et silencieux”– acercarse el final del Segundo Imperio, mientras a su alrededor todo se estremecía “par le bruit strident des mitrailleuses et de la mousqueterie, par le grondement sourd et continu de la canonnade, accompagnée du sifflement aigu des projectiles, dont la plupart écla-taient avec un fracas épouvantable”²⁹.

La Guerra Franco-Prusiana concitó el interés de todos los militares europeos y muchos se esforzaron por narrarla y comentarla: “The secret of Prussian success lay in the absolute supremacy assigned to intellectual ability throughout the Army”³⁰. En España, llamó sobre todo la atención el que, una vez iniciado el combate, los jefes de las pequeñas unidades actuaran sin necesidad de recibir órdenes y que tolerasen, e incluso propiciasen, que sus hombres actuaran también por propia iniciativa³¹. Sólo unos cuantos llegaron más lejos y se atrevieron a pro-

²⁵ M. Ch. FAY, *Exposición sumaria de la campaña de Alemania en 1866*, Madrid: Imp.^a de D. J. M. Alcántara, 1871, p. 23.

²⁶ “Le soldat. La vie militaire”, *Journal des Sciences Militaires* (febrero de 1884), *ápu*d Francisco MARTÍN ARRÚE, *Campaña de Bohemia e Italia en 1866*, Barcelona: Revista Científico-Militar y Biblioteca Militar, 1893, p. 9.

²⁷ R. de MAUNI, *Mémoires sur l’Armée de Chanzy*, Paris: Sandoz et Fischbacher, 1872, p. 43.

²⁸ Le P. MARCHAL, *Le Drame de Metz, 31 Juillet-31 Octobre 1870*, Lyon: P. N. Jossierand, 1871, pp. 11 y ss.

²⁹ Commandant URDY, *Campagne de 1870-1871. Souvenirs d’un Officier de Lanciers*, Paris: Charles-Lavauzelle, 1900, p. 88.

³⁰ L. S. AMERY, *The Times History of the War in South Africa, 1899-1900*, London: Sampson Low, Marston and Company, Ltd., 1900, vol. II, p. 8.

³¹ Serafín OLAVE, *Conferencia sobre la Infantería prusiana en el campo de batalla*, Madrid: Imp.^a de D. J. M. Alcántara, 1871, p. 10.

nosticar la creciente influencia adquirida por la ideología –en este caso concreto, por el flamante nacionalismo alemán– en el combate: “Dame la idea fuertemente desarrollada en un pueblo al calor del fanatismo, y resultarán héroes; dame todas las combinaciones estratégicas del mundo, y un día de lluvia, una ligera equivocación, un incidente cualquiera las aniquila”³².

La paz trajo consigo la unificación de Alemania y de Italia, y permitió a las grandes potencias europeas reemprender sus aventuras imperialistas por Asia y África, a las que se sumaron también las de segundo orden. La facilidad con que se conquistaban inmensos territorios sin apenas esfuerzo ni pérdida de vidas humanas hizo que los militares reafirmasen su confianza en unos procedimientos tácticos que comenzaban a estar obsoletos y no llegasen a advertir la potencialidad destructiva del nuevo armamento, que en realidad rara vez se utilizó en los enfrentamientos contra ejércitos indígenas.

Lo que sí quedó en entredicho fue la idoneidad del soldado de reemplazo en ultramar y también, pero de forma menos patente, el grado de fiabilidad de las tropas nativas. Éstas presentaban además algunas características muy peculiares. La que más llamó la atención de los europeos fue su gran resistencia a la fatiga y a las penalidades, pero sobre todo su sorprendente y elevadísimo umbral de dolor. El caso más notorio, publicado por la revista británica *Army and Navy Gazette*, fue el de un soldado afgano que llegó por su propio pie al puesto de socorro tras recibir seis impactos de bala, uno de los cuales le atravesó el cuello y le arrancó varios dientes, hecho que interpretaría así un ilustre tratadista militar español:

*Esto se explica por la circunstancia de que el sistema nervioso influye considerablemente en la mayor o menor gravedad de los efectos producidos, y en general, los pueblos civilizados tienen dicho sistema más desarrollado, y no necesitan los proyectiles producir efectos vulnerables excesivos para poner un hombre fuera de combate. Los pueblos salvajes, menos nerviosos, resisten más fácilmente las fatigas, privaciones y dolores, mostrando una resistencia pasiva muy superior a los europeos*³³.

Volviendo al soldado de origen europeo, a los efectos nocivos del clima tropical se sumaba el terror a adentrarse por terrenos inexplorados, preñados de amenazas reales o ficticias, sin identificar los ruidos que oía, ni saber lo que había detrás de lo que sus ojos alcanzaban a ver. Pero había otro importante factor que desaconsejaba su empleo: la cada vez más extendida idea entre las masas proletarias –principal vivero de los ejércitos europeos– “di essere inviati in Africa a

³² Emilio PRIETO Y VILLAREAL, *Cartas escritas con motivo de la Guerra Franco-Alemana*, Madrid: Est.º Tip.º de P. Abienzo, 1872, p. 352.

³³ Carlos BANÚS Y COMAS, *Reflexiones acerca de la Guerra Anglo-Bóer*, Madrid: Imp.ª del Memorial de Ingenieros del Ejército, 1902, p. 61.

combatiere per una causa ingiusta”³⁴. Cuantos se hayan aproximado al estudio de las campañas españolas en Cuba, Filipinas y Marruecos, serán conscientes de la trascendencia de dichos factores y circunstancias.

DE ARDIENTE NACIONALISTA A DESENGAÑADO PATRIOTA

Poco se diferenciaba la apariencia externa de los soldados europeos de finales del siglo XIX y la de los que asaltaron las barricadas de 1848, que incluso portaban ya rudimentarios fusiles de retrocarga. A la hora de combatir, continuaban encuadrados en formaciones geométricas, cargando a la voz de mando y disparando en descargas cerradas, con sus jefes al lado impartiendo órdenes e insuflándoles valor con su voz y con su ejemplo. No obstante, las grandes corrientes ideológicas decimonónicas –liberalismo, nacionalismo y socialismo– habían comenzado a calar en su mente y el alma colectiva del combatiente no era ya la del autómatas que no se cuestionaba su misión, ni ponía en entredicho las órdenes del mando. Al objeto de contrarrestar en lo posible tal actitud, los estados se afanaron por presentar al soldado como portador de las esencias patrias, carga ideológica que llegará incluso a lindar el fanatismo en las grandes contiendas del siglo XX.

La primera de ellas, la que ahora conocemos por Guerra de los Bóers, cuya novedad más llamativa fue que los soldados británicos partieron y combatieron vestidos de caqui, puso de manifiesto la total obsolescencia de la táctica vigente. Mandos y tropas, confiados en las recientes victorias frente a los derviches de Sudán, entraron en combate como si nada hubiese pasado desde Crimea y fueron literalmente barridos por los colonos holandeses, que utilizaron con destreza modernos rifles, es decir, fusiles rayados de repetición, contra sus compactas formaciones. La adversa situación fue inteligentemente manipulada por el gobierno británico, logrando que 15.000 de jóvenes de toda clase y condición se alistasen voluntariamente y que el país entero se solidarizase y alinease con los 340.000 hombres enviados a Sudáfrica³⁵.

*War, cruel and wasteful though it be, still has its use, so long as it has the power to stir, as nothing else can, the emotions of a whole nation to its inmost depths; to appeal to the sentiments of unity, of devotion to a common cause, of self-sacrifice; to convert the complacent acknowledgement of the existence of abuses into an earnest desire to sweep those abuses away*³⁶.

³⁴ Oreste BARATIERI, *Memorie d’Africa (1892-1896)*, Torino: Fratelli Bocca, 1898, p. 269.

³⁵ Arthur CONAN DOYLE, *The Great Boer War*, London: Smith, Elder and Co., 1902, p. 201.

³⁶ L. S. AMERY, *The Times*, vol. I, p. 11.

La lucha, como en Estados Unidos cuarenta años antes, fue a vida o muerte. Los bóers combatieron sin atenerse a regla alguna y, según reconocían ellos mismos, dispararon contra el enemigo sin inmutarse, con la misma frialdad con que mataban bestias salvajes³⁷. Los británicos tuvieron que acostumbrarse a abrir sus formaciones, a olvidarse de la disciplina de tiro, a convencerse de que el cañón y la ametralladora eran las únicas armas atentas a la voz de mando, y a considerar cualquier accidente del terreno como un lugar donde resguardarse y no como incómodos obstáculos que impedían evolucionar según el reglamento. La tropa, instruida en los patios de los cuarteles y habituada a actuar bajo reglas estrictas, tuvo que desprenderse de este bagaje y habituarse a pensar por cuenta propia para salvar la vida.

Recién finalizada la guerra, se empezaron a sacar conclusiones. Cuando se contabilizaron las pérdidas, causó asombro el escaso poder destructivo del armamento moderno: en Transvaal había habido un 9,5 por ciento de bajas frente al 14 de Crimea. Más sorprendente aún resultaba que el 72,4 por ciento de los heridos se hubiesen recuperado totalmente (la media hasta entonces solía rondar el 50), el porcentaje de muertes fuera similar al de anteriores campañas y el de totalmente incapacitados, muy inferior³⁸.

Ello no obstante, se hizo mucho más hincapié en las futuras consecuencias de lo allí experimentado: la dificultad de hacer llegar las órdenes hasta primera línea, la incidencia del orden abierto sobre la moral de la tropa y la necesidad de motivarla adecuadamente:

Mientras el bóer pelea por la defensa de su patria, por su hogar, por su familia, por ser o no ser, el soldado inglés solamente lo hace por el honor de la bandera y obligado por la disciplina. [...] el desgrane de fuerzas tiene dos inconvenientes: en primer lugar, subtrae el soldado a la acción inmediata y directa del oficial; en segundo lugar, influye en su estado moral; en el peligro, la proximidad del compañero anima, la masa infunde valor. Desperdigar la tropa es, pues, una causa deprimente desde el punto de vista moral³⁹.

Por tanto, se imponía que los ejércitos, y más concretamente los oficiales, prestasen más atención a insuflar y elevar la moral de la tropa que a su adiestramiento militar: “La guerre moderne exige de tous les combattants un moral de mieux en mieux trempé. Le développement du moral de la troupe doit être considéré comme la tâche la plus utile et en même temps la plus noble de l’officier”⁴⁰.

³⁷ Christian RUDOLF DE WET, *Three Years War (October 1899-June 1902)*, Westminster: Archibald Constable and Co., Ltd., 1903, p. 10.

³⁸ *Revue d’Artillerie*, n.º LVIII (1901), p. 45.

³⁹ C. BANÚS Y COMAS, *Reflexiones*, pp. 63-65.

⁴⁰ H. LANGLOIS, *Enseignements de deux guerres récentes: Guerres Turco-Russe et Anglo-Boer*, Paris: Henri Charles-Lavauzelle, 1904, p. 232.

Muy pronto, con ocasión de la Guerra Ruso-Japonesa de 1904, volvió a ponerse de manifiesto el acelerado proceso de cambio que se estaba experimentando. La eficacia del fuego enemigo obligó a combatir habitualmente de noche, y la amplitud y profundidad del despliegue, a que el soldado actuase sin recibir órdenes, sin conocer lo que debía hacer en cada momento: “la violencia de los fuegos de fusilería y de artillería ha obligado a disminuir la densidad de la guerrilla; ella ha hecho más difícil la dirección, y el hombre se encuentra más abandonado a sí mismo”⁴¹. Nocturnidad, dispersión y sensación de desamparo fueron, a decir de los comentaristas, los principales responsables de la sensación de incertidumbre y desconfianza que cundió entre la tropa, al observar que dichos factores afectaban al “sistema nervioso bastante más que las fatigas”⁴².

Allí también, y por primera vez en la historia, el ejército nipón utilizó cualquier medio y procedimiento a su alcance para alcanzar la victoria, por cruel o inhumano que fuese: “para vencer todo estaba permitido”⁴³. En el otro bando, el sufrido y disciplinado soldado ruso, que despreciaba la vida y marchó al combate “cantando alegremente y confiado en sus jefes”, terminó renegando de sus pésimas condiciones de vida⁴⁴. Las protestas dieron paso a motines y culminaron, recién finalizada la guerra con la derrota de Rusia, en la rebelión de la dotación del acorazado *Kniaz Potemkin Tavricheski*, cuya imaginaria y cinematográfica lucha en la escalinata del puerto de Odessa se convertiría en uno de los mitos fundacionales del nacionalismo soviético:

*Y como el pueblo ruso en su actual estado es todavía refractario a rápidas evoluciones políticas y sociales, que no comprende y para las que no está educado, las labores revolucionarias de los agitadores se concretaron, en la mente del soldado, en la reivindicación del derecho elemental a la vida, por lo cual los actos de indisciplina no tuvieron otra finalidad que la de solicitar la mejora de la condición, harto precaria, de la tropa*⁴⁵.

El deterioro físico, psíquico y moral experimentado por los combatientes rusos se agudizaría durante las dos guerras mundiales, en las que, al decir de los médicos que atendieron a la riada de heridos que afluía a los hospitales, lo difícil no era curar su carne mutilada, sino la mente de unos hombres “whose soul had

⁴¹ V. T. LEBEDED, *Instrucción táctica de la compañía. El combate ofensivo según la experiencia de la Guerra Ruso-Japonesa*, Madrid: Imp.^a de Eduardo Arias, 1913, p. 5.

⁴² Carlos HUELIN Y ARSSU, *Enseñanzas de la Guerra Ruso-Japonesa, recopiladas de varios autores*, Melilla: Tip.^a de El Telegrama del Rif, 1907, p. 6.

⁴³ Juan AVILÉS ARNAU, *Historia de la Guerra Ruso-Japonesa (1904-1905)*, Barcelona: Pons y C.^a, 1906, p. 707.

⁴⁴ Pedro JEVENOIS, *Consecuencias tácticas de la Guerra Ruso-Japonesa*, Madrid: Imp.^a de Eduardo Arias, 1907, p. 13.

⁴⁵ J. AVILÉS ARNAU, *Historia*, pp. 743-745.

been pulled out”⁴⁶. La primera de ellas, la entonces llamada Gran Guerra, constituyó para muchos millones de europeos el acontecimiento central de su vida y dejó una impronta indeleble en sus mentes. Cientos de miles de jóvenes alemanes, británicos, franceses y rusos fueron movilizados en un clima de exaltación patriótica, pero la guerra mostró enseguida su verdadero rostro: “Fue como la aparición de un fantasma en pleno mediodía luminoso”⁴⁷.

La inusitada potencia del armamento utilizado por ambos bandos hizo que los combates no fuesen resolutivos y la guerra pareció prolongarse indefinidamente, tal como habían anticipado algunos tratadistas. Aferradas las unidades a una compleja y enrevesada red de trincheras, aparentemente imbatibles, se las sometió a un incesante y apabullante diluvio de proyectiles y, cuando esto tampoco dio resultado, se las roció con gases tóxicos, se intentó asaltarlas con vehículos blindados y se las bombardeó desde el aire.

Sólo durante los siete días que duró la batalla del Somme, los cañones británicos efectuaron un millón y medio de disparos. Para ello, 50.000 artilleros –algo menos del total de efectivos de Wellington en Waterloo– tuvieron que trabajar incesantemente, de día y de noche, y transportar y cargar 21.000 toneladas de pólvora y munición⁴⁸. El estruendo destruyó el sistema nervioso de los alemanes, encerrados en claustrofóbicos abrigos subterráneos: “Daba diente con diente y, a punto de hallarme extenuado, no lograba conciliar el sueño”⁴⁹.

Finalizada la preparación artillera, cuya ineficacia nadie había sido capaz de imaginar, llegó la hora de la infantería. Extensas líneas de soldados británicos, vestidos de burda lana caqui salpicada de barro, tintados de hollín los rostros para distinguirse lo menos posible en la oscuridad, penosamente cargados y con su número de filiación colgado del cuello, avanzaron encogidos sobre sí mismos hacia las líneas enemigas. Nada más abandonar sus posiciones se perdía el enlace telefónico y con ello el contacto con la retaguardia. El reto era alcanzar las trincheras contrarias antes de que los alemanes trepasen a ellas desde sus refugios, y una vez allí, luchar cuerpo a cuerpo para desalojarles. Como en la antigüedad, el protagonista del encuentro fue la bayoneta, que ocasionó casi la mitad de las bajas.

*Fue allí donde hice la observación –y propiamente, durante toda la guerra, fue sólo en aquella batalla donde la hice– de que existe una clase de espanto que al ser humano le resulta extraña, como si fuera una región no explorada. Y así, en aquellos instantes no noté miedo, sino una ligereza grande, casi demoníaca; también unos sorprendentes ataques de risa, que no conseguía dominar*⁵⁰.

⁴⁶ John M. REISMAN, *A history of clinical psychology*, New York: Hemisphere Pub. Corp., 1991, p. 23.

⁴⁷ Ernst JÜNGER, *Tempestades de acero*, Barcelona: Tusquets, 2008, p. 7. Las justamente afamadas memorias de Jünger, que se incorporó como soldado al frente occidental con apenas veinte años, son sin duda uno de los instrumentos más útiles para comprender cómo vivieron y sintieron la guerra los combatientes alemanes de la Primera Guerra Mundial.

⁴⁸ John KEEGAN, *El rostro de la batalla*, Madrid: Ediciones Ejército, 1990, pp. 256-259.

⁴⁹ E. JÜNGER, *Tempestades*, p. 93.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 98.

Al término de la batalla, muchos de los soldados que resultaron ilesos se vieron afectados por una extraña enfermedad, a la que se daría el nombre de “fatiga del combatiente”. Sus síntomas iniciales, atribuidos a la intensidad de las emociones experimentadas, eran: respiración acelerada, taquicardia, fiebre, hipertensión sistólica y diastólica, trastornos gástricos y anuria. Al no poder aplicárseles de inmediato el tratamiento adecuado, aparecieron otros –hipotensión, disminución de la presión diferencial y perturbaciones del metabolismo y del sueño– que evidenciaban el total agotamiento del organismo y producían el colapso de las funciones vitales⁵¹.

Aquella sangría de hombres y de municiones tampoco fue resolutiva y la guerra entró en otra larga fase de desgaste. Pese a la irrupción de nuevos elementos de combate, como el motor, la coraza y el avión, la esencia de las ulteriores batallas apenas cambió y su desenlace volvió a depender del mismo tipo de confrontación entre hombre y hombre que las había resuelto desde que existían los ejércitos. Pero esta vez los hombres, inmersos en un inmenso escenario bélico, despoblado además de civiles, se sintieron aislados, abandonados y víctimas de un ambiente cada vez más enrarecido y materialista, que llegó a hastiarles y a minar completamente su moral:

Un observador atento podía seguir la debilitación gradual de la moral del soldado. Cuando su primer permiso, los hombres regresaron reanimados al frente. Después, a cada viaje, sufrieron la acción desmoralizadora de los espectáculos que les ofrecían en la retaguardia los beneficiarios de la guerra, los que se aprovechaban de ella: militares y civiles, galoneados o no, emboscados, obreros y grandes abastecedores. Por otra parte, las autoridades competentes no hacían nada, deliberadamente o por indiferencia, para defenderles contra las abominables propagandas de desaliento, insubordinación o desertión. En el frente, las ilusiones eran seguidas de decepciones desmoralizadoras. En los periodos de reposo, las condiciones de la existencia diferían demasiado de lo que se había esperado justamente. Todas estas circunstancias concordaban para hacer a los soldados más accesibles a las sugerencias con que les cercaban, en el interior, los hombres de anarquía, y, en el frente, los camaradas de corrupción. Si, por consiguiente, los actos de indisciplina de la primavera de 1917 han causado alguna sorpresa a las gentes advertidas, es la de que no se produjeran antes, de que el mal no fuera más hondo y general⁵².

El final de la contienda, cuya crónica está fuera de lugar, alumbró gran número de publicaciones que pretendían interpretar y explicar lo ocurrido. De

⁵¹ Raoul MERCIER, *Verdadera semblanza del combatiente 1914-1918*, Toledo: Colección Bibliográfica Militar, 1932, vol. LII, p. 101.

⁵² General Gabriel ROUQUEROL, *Después de la victoria (Notas y críticas)*, Madrid: Sucesores de Rivadeneyra, 1920, pp. 211 y 212.

entre las muchas centradas exclusivamente en la figura del combatiente, destaca la de un capitán francés que se esforzó por analizar el comportamiento del típico *poilu* en combate⁵³. Además de señalar su propensión a aferrarse a la posición, ante el esfuerzo físico y psíquico que suponía avanzar, arrastrándose por el fango y entre obstáculos, cadáveres y tierra removida, cargados con un equipo que resbalaba y se enganchaba, elaboró un especie de catálogo conductual del soldado: tendencia a elegir un lugar donde poder refugiarse y a no abandonarlo, atracción hacia las zonas no batidas y a integrarse en el grupo que las ocupase, rechazo hacia las batidas y a unirse a quien estuviese en ellas, y predilección por los jefes que inspiraban confianza: “Fuerza es reconocer que disminuye cuando aquellos se internan en el peligro; por el contrario, crece siempre que el jefe se preocupa de proteger a su tropa”⁵⁴.

Otra de aquellas publicaciones, obra de un médico militar belga, hacía hincapié en la importancia del factor moral, cimentado en su opinión en una larga serie de valores que convenía cultivar con esmero desde la cuna: patriotismo, capacidad de sacrificio, justicia distributiva, honor, interior satisfacción, amor propio, estilo de mando, compañerismo, etc. También resaltaba la abismal diferencia existente entre la mentalidad del soldado movilizado circunstancialmente para una guerra y la del antiguo soldado profesional, lo cual imponía que las órdenes se impartiesen de forma muy distinta a la utilizada hasta entonces:

*La vida civil le ha dado concepciones intelectuales diferentes; no puede ser un autómatas sin reacciones psíquicas; podrá llegar también a la sumisión absoluta, pero comprendiendo previamente que ésta es para él un deber. Entonces admitirá de una manera razonada y consciente cuanto se le pida, porque conocerá el porqué de su obediencia*⁵⁵.

Otro médico francés hablaba de que el “efecto deprimente” del continuo martilleo de la artillería pesada y la “impresión desmoralizadora” del gas tóxico paralizaban literalmente al combatiente: “He visto a un ametrallador tan abstraído, que se olvidó de tirar sobre la ola enemiga y dejó a un alemán volver hacia él el cañón de su arma”. También llamaba la atención sobre el vacío afectivo e intelectual del “matadero humano” en que se convirtieron las trincheras, que anulaba la voluntad y afectaba al cerebro, y del milagro de que unos “adultos pletóricos de vida” aceptasen la idea de la muerte y la contemplasen “no como una catástrofe,

⁵³ Durante la Primera Guerra Mundial, los franceses llamaron afectuosamente *poilu*, es decir, “peludo”, al soldado raso, tanto en alusión a su aspecto rudo y descuidado como a su arrojo de “hombre de pelo en pecho”. El término pudo originarlo su tendencia a dejarse la barba hasta que la máscara de gas impuso el afeitado.

⁵⁴ Capitán LAFFARGUE, *El individuo y la unidad en el combate*, Toledo: Colección Bibliográfica Militar, 1930, vol. XVIII, pp. 33 y 53.

⁵⁵ León WAUTHY, *Psicología del soldado en campaña*, Toledo: Colección Bibliográfica Militar, 1929, vol. VII, p. 71.

sino como algo bello y deseable”. Su conclusión era que aquella inhumana guerra perdió totalmente el *glamour* que aureolaba las precedentes y no dio lugar a que los vencedores la glorificasen: “el combatiente ha sufrido mucho y muy cruelmente para enorgullecerse de su éxito”⁵⁶.

Entre las dos guerras mundiales, los españoles se enzarzaron en una terrible contienda civil, similar a la de 1914 desde el punto de vista operativo, pero en la que se ensayaron algunas de las técnicas más utilizadas en la que inmediatamente después asolaría Europa. Dada la ingente literatura testimonial existente, será preferible remitir al lector al artículo del profesor Cardona, obrante en este mismo volumen, para conocer el perfil de sus protagonistas. No obstante, y a título de muestra, cabe citar la significativa conferencia que impartió un capitán del Ejército Popular de la República sobre el “carácter, costumbres, vicios y virtudes” de sus soldados, a los que atribuía muchos rasgos característicos del combatiente de la Primera Guerra Mundial y algunos otros más propios ya de la Segunda: por ejemplo, la implicación del mando en la tarea de ideologizar políticamente a la tropa y potenciar hasta el fanatismo su motivación:

*Hay que inculcar en nuestros modestos compañeros la seguridad de que todos vamos hacia el mismo fin, que nada separa nuestros ideales de justicia, que todos somos del pueblo y al pueblo defendemos, que enfrente tenemos al enemigo de todos, al que se ha de aplastar y para ello es preciso mantenernos estrechamente unidos por este solo ideal: Combatir al adversario con todas las fuerzas, con todas las energías, con todos los elementos de que se disponga, sin distraer nada de esta orientación única. El pueblo entero debe estar animado de una única voluntad inquebrantable: Aplastar el fascismo*⁵⁷.

Por lo general, los soldados movilizados durante la Segunda Guerra Mundial contemplaron y juzgaron la contienda en la que se vieron inmersos de forma mucho más crítica que sus antecesores de la Primera, sin que al parecer calase demasiado en ellos el bombardeo ideológico al que se vieron sometidos. Al menos los europeos que decidieron trasladar al papel sus vivencias así lo dejaron reflejado, sin advertirse grandes diferencias entre los vinculados a un bando u otro. En todos sus testimonios impera la sensación de pesimismo y de desesperanza, de hastío y de asco por lo que habían visto o protagonizado.

Nada más comenzar la guerra, Eric Arthur Blair hizo una sugerente anotación en su diario: deseaba incorporarse al ejército británico para que, como le ocurrió mientras combatía en España con las Brigadas Internacionales, dejaran de

⁵⁶ R. MERCIER, *Verdadera*, p. 101.

⁵⁷ “El soldado del Ejército Popular”. Conferencia dada en la Jefatura de la 20 Brigada Mixta por el Capitán Jefe Accidental del Batallón n.º 78, José Cotanda Martínez, el día 16 de Agosto de 1937, *ápu*d José HINOJOSA DURÁN, *Tropas en un frente olvidado: el ejército republicano en Extremadura durante la Guerra Civil*, Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2009, pp. 476-480.

“importar[le] los acontecimientos políticos”. Dos años después, incorporado a la BBC como comentarista de guerra, se mostró horrorizado de la combinación de gritos, mentiras y odio que regía la propaganda bélica, instrumentada además por “gente que no está peleando”. Y unos meses más tarde, el otrora escandalizado por los bombardeos aéreos urbanos de la Guerra Civil española se vio obligado a justificar los que asolaban las ciudades alemanas, aunque admitiera sentirse como “una naranja pisoteada”⁵⁸.

El antifascista capitán Malaparte, tras combatir con los británicos desde Egipto a Túnez y con los estadounidenses desde Nápoles a Florencia, llegó a escandalizarle y repugnarle aquella perversa forma de combatir: “Desde hacía cuatro años no veía más que matar gente. Ver morir gente es una cosa, verla matar es otra. Se tiene la impresión de estar de parte de los que matan, de ser uno de ellos. La piedad ha desaparecido, sólo queda odio”⁵⁹.

Y para acabar con los aliados, véase cómo enjuició la guerra un soldado estadounidense tras desembarcar en Provenza. Al igual que los anteriores, sus recuerdos rezumarían pesimismo, además de desasosiego por la extremada crueldad de los combates, que “debilitaba la voluntad y trastornaba la mente”, sensación de pérdida de identidad –“ya no tenía ego ni destino propio”–, un inquietante placer de destruir y pánico a los bombardeos aéreos debido al dolor y muertes que ocasionaban⁶⁰.

Los soldados del Barroco solían decir que el compañerismo y la camaradería eran el principal incentivo para combatir con denuedo y valor, y se tiene la sensación de que dicha motivación había caído en el olvido durante el siglos XIX y los primeros años del XX. Sin embargo, volvió a ser muy relevante para los combatientes de la Segunda Guerra Mundial, quienes hacían frecuente mención de los estrechos y desinteresados vínculos que generaba aquella durísima experiencia:

*Un número incalculable de soldados ha muerto, de más o menos buen grado, no por su país, honor, religión u otro bien abstracto, sino porque sabían que si abandonaban su puesto y se salvaban a sí mismos, sus camaradas estarían expuestos a un mayor peligro. Esta lealtad hacia el grupo es la esencia de la moral en el combate. El sentido de lealtad, está claro, es el resultado y no la causa de la camaradería*⁶¹.

Los testimonios de los soldados alemanes, especialmente los que combatieron en Rusia, son todavía más estremecedores. Aquel gélido ambiente les producía melancolía y nostalgia. El aislamiento y la soledad provocaban “un vacío torturador, como la añoranza y la aflicción de un niño perdido”. La falta de suministros

⁵⁸ George ORWELL, *Diario de guerra 1940-1942*, Madrid: Sexto Piso, 2007, pp. 22, 119 y 152.

⁵⁹ Curzio MALAPARTE, *La piel*, Barcelona: Ediciones G. P., 1963, p. 369.

⁶⁰ J. Glenn GRAY, *Guerreros. Reflexiones del hombre en la batalla*, Barcelona: Inédita, 2004, pp. 34-41 y 45-54.

⁶¹ *Ibidem*, p. 67.

erosionaba el compañerismo: “Cada uno se preocupaba sólo de sí mismo, odiaba al que conseguía un botín mejor, no compartía nada, sólo intercambiaba e intentaba engañar al otro en el trato. El más débil era utilizado y el inerme abandonado a su miseria. Eso me decepcionaba, pero yo también me volví duro”. Y el combate se contemplaba como juego de azar, donde perdía quien moría y ganaba quien resultaba gravemente herido y era evacuado a Alemania⁶².

En los colosales encuentros en territorio soviético, y muy probablemente también en cualquier otro de importancia durante aquella guerra, el soldado sólo alcanzaba a ver lo que pasaba a su alrededor y la batalla no era para él mas que “un caos humeante, un motivo de miedo perpetuo y de sobresaltos alarmantes y un ruido intenso entrecortado por miles de explosiones”. La indiferencia ante la muerte y la falta de compasión ante el dolor fueron otros de los rasgos más abyectos de aquella terrible campaña: “Nada podía ya conmover a nadie. La guerra nos había hecho ver demasiadas cosas. En mi mente enferma, la vida había perdido sentido, no tenía importancia”⁶³.

A modo de conclusión, podría apuntarse que las guerras del siglo xx, tanto la civil respecto a los españoles como las mundiales respecto a los europeos, con su ingente mortandad, con su capacidad de destrucción, con sus trágicas secuelas, marcaron de tal forma la mentalidad de sus actores directos e indirectos que generaron, al menos hasta la actualidad, un antibelicismo visceral y un ansia de concordia tal, que posibilitó aunar voluntades, antaño dispares y enfrentadas, para crear instituciones y activar procesos absolutamente inimaginables antes de ellas.

⁶² Willy Peter REESE, *Un extraño para mí mismo: Diarios de un soldado alemán. Rusia, 1941-1944*, Barcelona: Debate, 2005, pp. 41, 52 y 58.

⁶³ Guy SAJER, *El soldado olvidado*, Barcelona: Inédita, 2006, p. 442.